

BIOÉTICA Y GENÉTICA

Jorge José Ferrer
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez

En este número de *Milenio* se publica un artículo del Prof. Juan Ramón Lacadena cuyo título contiene las mismas palabras que se encuentran en el título de esta contribución, sólo que en orden inverso. Lacadena nos explica qué es la genética y qué problemas plantea a la bioética. Aquí, sin embargo, nos proponemos explicar qué es la bioética, para luego indicar por qué esta disciplina se interesa por la genética.

I. Historia e identidad filosófica de la bioética

La bioética es joven dentro del conjunto de las disciplinas filosóficas. Incluso su colocación dentro de la añosa familia de la filosofía no sería aceptada por todos. Más adelante, cuando nos ocupemos del estatuto epistemológico de nuestra disciplina daremos las razones que nos mueven a tomar esta opción. Por el momento nos vamos a atener a relatar los hitos fundamentales en la gestación de este relativamente nuevo campo de estudio.

Como fecha de nacimiento de la bioética podemos señalar el año 1971, cuando el biólogo norteamericano Van Rensselaer Potter, profesor de la Universidad de Madison en Wisconsin, publicó el primer libro con la palabra “bioética” en su título: *Bioethics. Bridge to the Future*¹. Aunque este autor ya había usado el neologismo “bioética” en dos artículos suyos publicados en 1970, habitualmente se toma el 1971 como el año natal de tanto de la palabra “bioética” como de la disciplina que denomina. Ese mismo año se acuñó el término “bioética”, independientemente de Potter, en Washington, D.C., en la

Universidad de Georgetown. El padre de la bioética en Washington fue el obstetra André Hellegers, de origen holandés y a la sazón profesor en Georgetown². Hellegers fundó en dicha Universidad lo que hoy es el *Kennedy Institute of Ethics*, y que entonces se llamó *The Joseph and Rose Kennedy Institute for the Study of Human Reproduction and Bioethics*.

Sin embargo, como señala el mismo Reich, existen diferencias notables entre la bioética engendrada en Madison por Potter y la engendrada en Washington por Hellegers. Por eso es posible hablar del legado de Potter y del de Hellegers, como dos formas alternativas de concebir la tarea de la nueva disciplina. Mientras Potter ponía el acento en los aspectos ecológicos³, Hellegers se interesaba, sobre todo, por las cuestiones biomédicas. Esta pluralidad de enfoques ha caracterizado a la bioética desde su misma concepción, marcando todo su desarrollo. En verdad, el pluralismo en bioética es sumamente notable, tanto en cuanto a las orientaciones teóricas como a los temas concretos que en ella se cultivan⁴.

La bioética de Potter ha tenido un menor impacto y desarrollo que la de Hellegers, por una serie de razones biográficas y coyunturales. En primer lugar, Potter trabajaba en solitario. Como profesor de oncología, la bioética nunca fue su dedicación principal. Carente de formación filosófica y desprovisto de colaboradores que la poseyesen, concibió la bioética como una sabiduría nueva, que uniese los conocimientos de las ciencias biológicas con los sistemas de valores humanos, pero no fue capaz de brindar a sus lectores un vocabulario y unos métodos que les permitiesen abordar analíticamente los problemas éticos concretos. Además, Potter nunca contó con medios económicos que le permitiesen dedicarse por entero a la reflexión bioética. Por el contrario, Hellegers estaba ubicado en la Universidad de Georgetown, una institución católica y jesuita, con una larga tradición de interés por la teología moral, la filosofía y las humanidades, en general. En Georgetown, con sus escuelas de medicina y odontología y sus departamentos de filosofía y

teología, el ambiente era mucho más propicio para el desarrollo del diálogo interdisciplinario, que es inherente al debate de los problemas que interesan a la bioética. Además de contar con el respaldo de la Universidad, Hellegers disfrutaba del importante apoyo económico de la familia Kennedy. Gracias a una aportación millonaria de los Kennedy, abrió sus puertas el Instituto, que todavía hoy lleva su nombre. El Instituto Kennedy fue el primer centro universitario dedicado a la bioética en el mundo.

Además de las razones anotadas en el párrafo anterior, es preciso añadir que en la década de los años setenta del pasado siglo, la atmósfera cultural estaba más madura para la discusión pública de los problemas relacionados a la biomedicina que los vinculados al campo de la ética ambiental. El 12 de julio de 1974 el Congreso de los Estados Unidos aprobó la ley que ha pasado a la historia como *National Research Act*⁵. Dicha ley disponía la creación de una comisión nacional para la protección de los sujetos humanos en la investigación científica en medicina y en las ciencias de la conducta, que se llamó *National Commission for the Protection of Human Subjects of Biomedical and Behavioral Research*. Esta Comisión tenía como parte de su cometido la tarea de llevar adelante una amplia investigación que identificase los principios éticos fundamentales para la orientación de la investigación científica en los campos de su competencia, así como el desarrollo de directrices concretas que garantizaran que la investigación se llevase a cabo en conformidad con dichos principios. La Comisión trabajó hasta 1978. Más tarde, entre 1980 y 1983, trabajó una segunda comisión nacional: *The President's Commission for the Study of Ethical Problems in Medicine and Biomedical and Behavioral Research*. Es fácil comprender que todo esto sirvió como combustible para que el motor de la bioética biomédica se moviese con celeridad. También durante estos años estaba muy vivo el debate sobre el aborto en Estados Unidos, a partir de la decisión del Tribunal en el caso de *Roe versus Wade*, en 1973. En la Iglesia Católica –no debe olvidarse que Georgetown es una universidad católica y que el

mismo Hellegers era un católico distinguido, que había formado parte de la Comisión Papal que estudió el problema de la regulación de los nacimientos— se vivía con intensidad en aquellos años la crisis suscitada por la publicación, en 1968, de la encíclica *Humanae vitae* del Papa Pablo VI sobre el control de la natalidad. Eran también años en los que se fraguaban nuevas corrientes de pensamiento teológico-moral. En Georgetown coincidirían, en esa época, dos de los teólogos más destacados en el nacimiento de la bioética: el jesuita Richard McCormick y el protestante Paul Ramsey ⁶.

Para entender el nacimiento de la bioética en la segunda mitad del siglo XX, es preciso tener en cuenta una serie de factores históricos, pero nos limitamos a señalar los que consideramos más decisivos. En primer lugar vamos a señalar los asombrosos adelantos que las ciencias biomédicas conocieron en la segunda mitad del siglo XX. Albert R. Jonsen, uno de los protagonistas en el desarrollo de la bioética, señala algunos de los grandes cambios ocurridos en la medicina durante el período de tiempo señalado:

En 1946, la estreptomycin comenzó a usarse en gran escala para el tratamiento de los pacientes tuberculosos, dando lugar al cierre de cientos de sanatorios durante la década siguiente. La penicilina, descubierta en 1928 y aplicada clínicamente por primera vez durante la guerra, se produjo sintéticamente, haciendo de esta rara droga el tratamiento preferido para la neumonía y otras infecciones serias. En 1947, la droga metotrexato se usó por vez primera para tratar la leucemia, iniciando la era de las quimioterapias en oncología. En 1949, se cultivó el virus de la polio en tejidos humanos, haciendo posible el desarrollo de las vacunas contra la poliomielitis, introducidas a mediados de la década de los años cincuenta; el litio comenzó a usarse para tratar a los pacientes maníaco-depresivos. Se descubrieron drogas eficaces para el tratamiento de la

hipertensión.... En 1952, la droga clorpromazina comenzó a estar disponible para el tratamiento de la esquizofrenia agitada. El marcapasos externo comenzó a usarse para las arritmias cardíacas.... También en 1952, se llevó a cabo la primera operación a corazón abierto, una válvula humana fue reemplazada por vez primera, y la estimulación externa del corazón logró revertir el infarto agudo de miocardio: el desfibrilador eléctrico aparecería cuatro años más tarde y la reanimación cardiopulmonar en 1958. Los cateterismos cardíacos permitieron la visualización de los defectos cardíacos. La hemodiálisis para pacientes crónicos se inició en 1962⁷.

Huelga decir que el progreso de la medicina no terminó en esa fecha. Podríamos añadir muchos datos más, pero éstos deben bastarnos como ejemplos.

Pero estos desarrollos científicos, por sí solos, no habrían dado lugar al nacimiento de la bioética. A los asombrosos avances en el campo de la medicina es preciso añadir la eclosión de una cultura centrada en la autonomía individual y la igualdad de las personas. Solamente en ese caldo de cultivo se podía dar, por ejemplo, la rebelión contra el poder médico que dio origen al movimiento a favor de los derechos de los pacientes, movimiento que estuvo muy unido al alumbramiento de la bioética médica, tan interesada, en sus primeros días, en la salvaguardia de la autonomía de los pacientes. También toda la normativa en torno a la investigación científica con seres humanos estuvo y sigue estando muy centrada en la protección de la autonomía de los sujetos de investigación. A las preocupaciones por la protección de la autonomía se ha añadido, de manera más expresa, el *ethos* de la igualdad y la justicia, que se ha dejado ver, por ejemplo, en el debate sobre la investigación con poblaciones vulnerables y las especiales protecciones que las mismas merecen.

Por supuesto, el concepto de justicia no es de ninguna manera unívoco a lo largo de la historia del pensamiento

